

EDUARDO ACEVEDO DIAZ EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

NUESTRO primer contacto crítico queremos sea para el escritor que definió literariamente la tierra y el hombre uruguayos. Antes de Acevedo Díaz, las letras uruguayas eran parte de un todo no diferenciado en el mapa literario hispanoamericano. Con Acevedo Díaz la novela uruguaya descubre a la tierra y al hombre. En la literatura hispanoamericana, Acevedo Díaz es un precursor del realismo integral, vital, con las cont. adiciones de su tiempo y de su personalidad.

Dejando para otra ocasión un estudio sistemático del novelista, hoy queremos referirnos a su novela "Soledad", con unas restringidas notas críticas, por imperativo del espacio. Tomamos como antecedente dos juicios valorativos. El primero de Alberto Lasplaces, en el prólogo de esta misma novela, que comienza así: "Forzosamente he de calificar de romántica esta vida inquieta y agitada, que se desarrolló casi entera bajo los signos de Marte y de Minerva, en lucha continua..."

El otro es de Alberto Zum Felde, en su "Proceso Intelectual del Uruguay", que dice así: "También Acevedo Díaz es, en el fondo, un romántico; pero su romanticismo equilibrado por sus certeras dotes de observador de la realidad y por su seguro conocimiento histórico, está asimismo robustecido por un temperamento de recio vigor plástico, resolviéndose en el soplo de idealismo heroico que mueve y envuelve sus figuras y sus escenas, dándole a la obra contornos de epopeya".

¿Fue un romántico Acevedo Díaz? ¿Qué tipo psicológico corresponde a lo que solemos llamar romántico? Porque sabemos que hay una literatura romántica, incluso un siglo, el XIX, que llamamos romántico, pero no se nos dice qué reacciones psicológicas definen al romántico. Sabemos que el romántico de Rousseau ("Emilio"), se entrega a la naturaleza; que el de Goethe ("Werther"), el de Stendhal ("Amancia"), el de Benjamín Constant ("Adolfo") y el de Byron ("Don Juan"), desembocan en la muerte por el desenfreno de las pasiones, que los de Víctor Hugo ("Hernani"), Walter Scott ("Waverley"), Manzoni ("Los Novios") y Schiller ("Don Carlos"), se reintegran en la historia; que los de Chateaubriand ("Atala"), y Bernardino de Saint Pierre ("Pablo y Virginia"), se evaden hacia paisajes exóticos, y que con Lamartine ("Graziella") se hace melancólico y sentimental.

De estos antecedentes, y no son todos, se desprende que la psicología del romanticismo es muy compleja, aunque se caracteriza por el prevalecimiento de la pasión sobre la razón y del individuo sobre la so-



**CREMA ANTISUDORAL
COMBATE LA
TRANSPIRACION AXILAR SIN DAÑAR**

1. No quema la ropa.
2. No hay necesidad de esperar a que se seque. Puede ser usada inmediatamente después de afeitarse.
3. Combate la transpiración. Desodoriza el sudor, mantiene las axilas secas.
4. Es una crema pura, blanca, sin grasa, que no mancha y desaparece íntegra en la piel.
5. La Crema Antisudoral Arrid tiene la aprobación de la Unión Propietarios de Tintorerías, por ser inofensiva para las telas.

ARRID

\$ 0,70, \$ 1,50 y \$ 2,50



ciudad. El romanticismo se halla condicionado a la vez por un proceso económico y social que lo eleva o deprime, pero es, en su aspecto positivo, exaltador de la personalidad.

¿Fue Acevedo Díaz un auténtico tipo psicológico romántico? ¿Son sus novelas de un contenido romántico por la interpretación de los entes literarios? Esto convendría dilucidar antes de meterse a definir y catalogar, pues su estilo no fue típicamente romántico, y si su vida lo fue, tiene manifestaciones tan contradictorias que su romanticismo vital no presenta las características de lo que solemos llamar romanticismo de escuela.

Refiriéndonos a "Soledad", dos modalidades típicamente románticas hallamos en ella. La primera, aquella en que el "gaucho trova" Pablo Luna, adivina en Rudecinda, la bruja, a su propia madre. ¿Qué elementos artísticos o complejo psicológico determinan esa adivinación? No aparecen en la novela. Pero el romanticismo literario no necesita de datos evidentes para llegar a conclusiones concretas, que por falta de evidencia resultan falsas.

El patetismo de Pablo Luna ante los restos de su madre; su furia contra los hombres por su orfandad, es típicamente romántica. El individuo se concentra en sí mismo como elemento extraño al mundo que le rodea. El autor cree en los valores esenciales del instinto y con ellos elabora la taumaturgia familiar. Es un resabio escolástico. Si el hombre siente a dios por impulso de su naturaleza divina, en la gradación de jerarquías, siente también a sus padres aunque nunca los haya visto ni haya tenido información de ellos.

La otra escena romántica es la final, la de su fuga con Soledad. Todo romántico es un fugitivo de sí mismo y de su medio. Resuelve todas las contradicciones evadiéndose, y Acevedo Díaz termina su novela con un panorama descriptivo de la más alta calidad romántica. Pero entre estos accidentes románticos, la novela se desarrolla en otras manifestaciones interpretativas que conviene señalar para la mejor comprensión de Acevedo Díaz y su obra.

Las primeras líneas de "Soledad" nos introducen en un estilo literario nada romántico. Es una descripción objetiva, detallada, de un paisaje que, por su sencillez, puede catalogarse entre las mejores páginas del naturalismo: "En la quebrada de una sierra, pequeño, hendido, deforme, a modo

de nido de hornero que el viento ha cubierto de secas y descoloridas pajas bravas, se veía un rancho miserable que a lo lejos podía confundirse también con una gran covacha de viscachones o de zgrros, por lo chato y negruzco, mal orientado y contrahecho".

Si de la descripción del mundo físico pasamos a la interpretación del hombre, se acentúa el contenido naturalista del estilo: "Cuando de él se hablaba (de Pablo Luna) en el pago, en los coloquios de la yerra o después de la pesada faena de la trasaquila, decíase que era un hombre más alto que mediano, delgado, con cintura de mujer, una barba corta y rala tirando a peliniego, el rostro moreno un poco encendido, los ojos azules como piedra de pizarra, larga y en rulos la cabellera abierta al medio, cejas de alas de golondrina, la oreja tan chica como el reborde de un caracol rosado y las manos un poco largas y velludas".

La estampa de la Bruja Rudecinda es de un romanticismo realista por el contorno clarooscuro de sus tonos. Es de un patetismo de aguafuerte a lo Goya, pero sin el humor sarcástico del español. El romanticismo de Acevedo Díaz en estas escenas se eleva, por el dramatismo descriptivo, a un realismo goyesco, fronterizo de la muerte, vital en la gama de las potencias volitivas.

El realismo analítico de Acevedo Díaz es constante en toda la novela. El párrafo que emplea describiendo al estanciero Brígido Montiel, es un cabal retrato de rasgos exteriores por el que se asoma el alma del personaje. Pero donde la pluma del novelista alcanza matices variados de floración espiritual, es en la descripción de Soledad. El capítulo IV lo forman tres páginas presentándonos a la heroína como mujer en sí misma, como mujer influyendo en el mundo masculino y como mujer dando relieve al paisaje donde mora. En estas páginas, romanticismo, naturalismo y psicología se funden en un realismo integral, poemático.

Si la presentación del personaje pasivo de la novela, que a la vez le da nombre, es equilibrada realización de relieve y fondo, la pluma de Acevedo Díaz supera nuevas dificultades interpretativas cuando nos descubre el despertar de las pasiones entre Soledad y Pablo Luna. Podríamos transcribir párrafos demostrativos de cómo el autor sabe elaborar las más delicadas imágenes para la recreación literaria de los más hondos sentimientos y pasiones más ocultas. Por asociación de imágenes, recordamos

a "María", del colombiano Jorge Isaac. Esta, sí, de auténtico estilo romántico, de un romanticismo tropical, de ensueño verde y horizonte húmedo de lágrimas en el paisaje y en el corazón. Pero lo que en "María" es melancolía sensitiva, en "Soledad" es pasión avasalladora. Otro aspecto diferencial entre estas dos novelas maestras de la literatura hispanoamericana, es la escena del tigre. En "Soledad", es un enterevo de exhibición masculina en la persona del pretendiente Manduca Pintos, mientras que en "María" se desliza como adorno literario. Desconectado de la trama general en la novela del colombiano, pero en la novela del uruguayo es un dato fundamental para el determinismo del personaje.

Cuando se incluye a Acevedo Díaz en la escuela romántica, creemos no se tienen en cuenta aspectos de su estilo evidentemente antiromántico. Veamos, por ejemplo, cómo traduce el autor la influencia pasional de Soledad entre los hombres de la estancia: "Acostumbrados a observar silenciosos en el rodeo cómo se disputaban los toros bravos... la fuerza de la sangre y el instinto brutalmente sugestivo los predisponía a hacer con la daga lo que el poderoso macho con el cuerno". Y más adelante la escena campera del padrillo impetuoso, con un graficismo del más subido tono realista. En ella de romántico, podremos hallar el ímpetu, pero no el estilo ni la forma, y es en los estilos que estriba la denominación de las escuelas. Se refuerza, pues, el testimonio de lo difícil que es encerrar a Acevedo Díaz en una escuela romántica, por las diferentes facetas estilísticas que en él se manifiestan.

El romanticismo es de exuberancia verbal. Todas las interpretaciones tipológicas las hace explicándolas. Es raro que la exaltación de un estado de alma la haga el romanticismo presentando situaciones al margen de la disertación. Acevedo Díaz, contrariamente, alcanza sus mejores efectos presentando situaciones, como aquella en que se encuentran Soledad y Pablo, que se están buscando y rehuendo a la vez, mirándose a hurtadillas, y al final del capítulo VIII:

"Traía (Soledad) en la boca una florecita azul cuyo tronquito oprimía entre los dientes.

"Pablo Luna la observó de costado, inmóvil, y murmuró como hablando solo: —¡Quién juega flor...!

"En ese mismo instante se oyó la voz del hacendado, que gritaba desde un ventanillo: —¡Ya anda por ahí ese vago... ¡A re-puntiar a su guardia, rotoso!

"El gaucho trova enderezó el cuello a su caballo, montó y se fué al tranco, caídas la barba en el pecho y los pies fuera de los estribos.

"Soledad se puso a mirarlo con aire triste."

He ahí una escena que sería acabadamente romántica si no se incrustara en ella el grito del hacendado saturándola de naturalismo con sabor a tierra, profundizándola en el contraste de las emociones y haciéndola más fuertemente sentida.

La escena de la esquila, con el nuevo agravio a Pablo Luna. El coloquio de Soledad con Soledad, y la presencia de Montiel frenético de desprecios:

"¡Rotoso! —rugió recién don Brígido casi sofocado por la ira—. ¡Válgate la suerte que no traigo el cuchillo, mal parido, que sin asco te abría las entrañas!

"Y cuando iba a repetir el golpe, una mano nerviosa se posó en su brazo, y la voz de su hija gritó aguda y fuerte a su oído: —¡No le pegue, tata!"

Forma, tono y ritmo del más puro realismo hispanoamericano.

Viene luego el incendio de los pastizales y pajonales. Los campos son devorados por las llamas, las pjaras y manadas se arrebocan atropellando el fuego y consumiendo, desmenuándose en él. La naturalidad descriptiva rebasa los límites de la fantasía y alcanza la sublimación por la que el arte se hace vida en la furia de los elementos.

La muerte de Montiel mordido por el cro-talo. Pinto cosido a puñaladas por la vengativa de Pablo. La huida de éste con Soledad, con un fondo de llamas y desolación, ponen el alma en vilo por el verismo dramático descriptivo que se hace plástico en la superposición de planos evocadores, pero de una plasticidad rítmica, de ahí su calidad poética.

* Pero "Soledad" es un aspecto de la novelesca de Acevedo Díaz. Su riqueza literaria tiene otras calidades que algún día fácil abordemos.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DÍA).